

## Las reglas del juego

por Hernán Neyra<sup>1</sup>



### Los juegos de niños

De chicos inventábamos nuestros propios juegos: un palo, una pelota, un trapo, eran suficientes para jugar. Inventábamos el juego y las reglas. Al crecer y al compartir, cada uno debió adaptarse a no imponer las reglas, ya que cada juego tenía las propias. Y juegos tan simples como la escondida o la mancha, tenían reglas que debían ser respetadas. Nunca nadie escribió el reglamento oficial de la escondida, y así, cada quien establecía hasta cuánto había que contar, el área en donde era válido esconderse, cuál era la 'pica' o 'piedra'. Había reglas básicas y un cierto margen para hacer modificaciones menores de las normas puntuales. Todos sabíamos cuál era el juego y nos poníamos de acuerdo en cómo jugarlo.

Curiosamente, los juegos para adultos tienen reglamentos escritos. Quizás sea porque nos resulta más difícil ponernos de acuerdo en esos márgenes por sobre las reglas básicas. La diferencia, quizás, esté en el por qué del juego. De chico, uno juega para jugar. A medida que crece, comienza a jugar para ganar. Y muchos juegan para derrotar al otro.

Ese *para qué jugar* determina *qué hacer con las reglas*. Si quiero jugar, jugaré con unas u otras reglas, porque no serán importantes. Si quiero ganar y que los demás reconozcan que gané, debo respetar y hacer respetar las reglas. Esa será la forma en que podré exhibir ante todos mi triunfo y la forma, a la vez, en que no podrá ser objetado. Si quiero derrotar al otro, en realidad no me importará burlar las normas, porque el deseo de derrotarlo es más fuerte que nada y ante un "Hiciste trampa" alegaré un "Estás resentido porque perdiste. Te gané, y punto."

A medida que pasa el tiempo, uno descubre que las reglas no prevén todo. A todos nos pasó de jugar a la escondida con algún primo, hermano o vecino, mayor que nosotros. Y, por ser mayor, era más rápido y siempre ganaba. Y las reglas eran las de siempre: se contaba, nos escondíamos, veíamos libre la piedra, corríamos, pero él, que era más rápido, ganaba. Entonces, las reglas del juego deberían equiparar a los jugadores, no sólo ser reglas. Ellas también deben tener un para qué. Deben permitir jugar, y permitir ganar el juego a todos los que participen. Esa es la gracia del juego. Sin embargo hemos vivido normas que, pareciendo razonables, eran injustas.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Economía (UBA) y master en política económica (IDES)

Pero los juegos tienen más problemas. Porque, ¿qué pasa cuando hay alguien que es capaz de imponer las reglas? Queda jugar, o salir del juego. ¿Y si uno decide jugar y cambian las reglas? Quedan, nuevamente, jugar o salir del juego.

Cuando lo que está en juego es algo más que ganar o perder a la escondida, el panorama cambia. Poco, pero cambia. Porque si se trata del control de un mercado, debe haber alguien externo que vele por los derechos del menos poderoso. Por eso es importante que la justicia sea independiente. Porque si no tenemos quién nos defienda frente al más fuerte, jamás podremos ganar.

## ***Saber jugar***

Sabiendo que las reglas deben servir para equiparar y no para justificar las diferencias, uno puede apelar a la justicia, invocando la irracionalidad de la imposición de normas por parte de un jugador. Sin embargo, el aferrarse a la razón no siempre es un buen consejo. Goya fue uno de los más grandes grabadistas, a pesar de ser más conocido por sus pinturas. Allá por la última década del 1700 hizo una serie de grabados bajo el título general de "Caprichos". Uno de sus pocos autorretratos es el conocido como "El sueño de la razón despierta monstruos". A pesar de la aparente apología de la razón por sobre el resto, en otros grabados contemporáneos elogia la libertad y la imaginación y a lo largo de su obra expresó todo lo que para él era vital. Evidentemente un pintor no puede ser exclusivamente racional y lo más alto de su obra lo alcanza en la mezcla de racionalidad e imaginación. Es la imaginación la fuente y la racionalidad la forma de concreción.

Pero hay algo en ese título que no deja de ser llamativo. Si no aplico la razón, o cuando ella está dormida, asoman los monstruos. Entonces asomarán las conspiraciones internacionales, los complots y las conjuraciones en contra de los argentinos.

Quizás la cuestión de fondo sea saber exactamente cuál es el juego y cuáles son las reglas. Si sé que alguien tiene el poder de manejar las normas a su arbitrio, ese es un dato más acerca de cuál es el juego. Y nuevamente, quedan jugar o salir del juego porque no hay una justicia capaz de imponer normas que equiparen a los jugadores porque *el que tiene el poder impone las normas*.

## ***Juegos de grandes***

Si la intención es jugar, pues habrá que jugar, pero sabiendo quién es el oponente y cuál es el juego. Carlos Escudé<sup>2</sup>, quien no es precisamente un antinorteamericano, en un panel que integró en 1997<sup>3</sup>, decía:

Cuando más adelante la **Argentina intentó** aprovechar un aumento en la demanda de cereales (creada por una disminución de los stocks de los Dominios) para **cambiar las reglas del juego**, los norteamericanos (ya en liga con los británicos) interrumpieron los créditos a nuestro país, y **el presidente Hoover ordenó negar a la Argentina licencias de exportación**<sup>4</sup> de carbón, maquinaria agrícola y otros bienes esenciales a no ser que el país rioplatense reservara todo su excedente exportable de cereales para los Aliados.

<sup>2</sup> Ex asesor de la Cancillería durante la gestión de Guido di Tella.

<sup>3</sup> Ponencia presentada en el congreso III Encuentro "La Iglesia a la escucha de las nuevas realidades", organizado por la Universidad Católica Argentina. Noviembre de 1997

<sup>4</sup> Las negritas no figuran en el original

Simultáneamente en el importante rubro de las exportaciones de carnes, los británicos usaron un consorcio que administraba los envíos desde la Argentina para marginar paulatinamente a Sansinena, la única empresa frigorífica de capital argentino que tenía una participación significativa en la exportación de carne argentina. Interrumpido el libre comercio y encarrilado el intercambio por medio de acuerdos y contratos bilaterales, le resultaba fácil al comprador (que además controlaba el transporte) discriminar a favor de los frigoríficos de capital británico. Resultado: antes de la guerra, empresas de capital argentino controlaban el 9,8 % de las exportaciones de carne, pero terminada la conflagración esta participación había disminuido al 4,4 %. Esta política de poder que Gran Bretaña aplicó contra la Argentina durante la primera Guerra Mundial, era esencialmente injusta y amoral, pero absolutamente previsible dadas: 1) la insumisión argentina, 2) la asimetría de poder entre las dos partes, y 3) las características de las relaciones interestatales en todo tiempo y lugar, caracterizó las relaciones entre dos países de economías complementarias que se necesitaban mutuamente (aunque en medida desigual). Obviamente, la situación sólo podía empeorar gravemente cuando a raíz de los cambios acaecidos en el mundo con la Segunda Guerra Mundial, esta interdependencia asimétrica se quebró y el vínculo anglo-argentino fue reemplazado por una nueva dependencia entre la Argentina y los Estados Unidos, cuyas economías no eran complementarias, y cuyas diplomacias habían venido librando una confrontación retórica casi permanente desde 1889. Para los intereses argentinos, el advenimiento de los Estados Unidos al papel de superpotencia occidental de un mundo bipolar resultó catastrófico.

Por cierto, cuando en lo que se parece a la activación repetida de un reflejo condicionado, en 1942 la Argentina desafió a la nueva potencia hegemónica, rechazando sus presiones para que nos uniéramos a los Aliados en la guerra a la que los Estados Unidos recién había ingresado, se desató sobre nuestro país una tormenta de sanciones y castigos mucho más severos que los que Gran Bretaña había desencadenado sobre nosotros durante la Primera Guerra Mundial.

La magnitud del boicot norteamericano contra la Argentina durante la década de 1940 permaneció ignorada durante décadas. Más aún, quienes mencionaban el caso eran generalmente percibidos como nacionalistas paranoicos y trasnochados. Sin embargo, con la apertura de los archivos británicos y norteamericanos sobre el tema, realizada a fines de la década de 1970, fue posible documentar este capítulo de las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos con papeles antes secretos del propio puño y letra de los más encumbrados funcionarios de la coalición aliada.

El boicot de la economía argentina comenzó en 1942 y continuó con distintas características e intensidad hasta 1949. Durante los años de guerra el esfuerzo se concretó en privar a la Argentina de muchas provisiones vitales para las que, con la caída de Francia y el advenimiento de la batalla de Gran Bretaña, los Estados Unidos se habían convertido virtualmente en la única fuente. Se rechazaron licencias para la exportación a la Argentina de máquinas de acero, piezas de repuesto y material rodante para ferrocarriles, productos químicos, equipos para petróleo, hierro, acero, carbón, aceite de quemar, ceniza y soda cáustica, hojalata, etc. Esta política no estaba motivada por la escasez propia de tiempos de guerra, sino que tenía la clara intención de acrecentar las vulnerabilidades de la Argentina. Funcionarios estadounidenses especializados realizaron estudios para la identificación de las vulnerabilidades argentinas, y para el diseño de políticas que las acentuaran, papeles que pueden consultarse en los National Archives de Washington D.C.

Este es el oponente y es capaz de imponer las reglas de juego. Pero no es solamente una cuestión histórica. La actual número dos del FMI, puesta allí por el gobierno republicano de los Estados Unidos, Anne Krueger, ha sido miembro del directorio de la Hoover Institution, un centro de estudios de la Universidad de Stanford que, bajo el lema "en la guerra, en la revolución y en la paz", se dedica a cuestiones de economía y política internacional, "diseminando ideas para una sociedad más libre". Evidentemente, en el espíritu de la Hoover Institution sin decirlo, se dice que son ideas para una sociedad *estadounidense* más libre. Y eso incluye hacer menos libres a las demás. Si entre las ideas del ex presidente Hoover estaba el doblegar a la Argentina, en el pensamiento de sus sucesores muy probablemente siga estándolo.

Demás está decir que entre las reglas de juego está el doble discurso. Está la comprensión de los problemas argentinos, y a la vez los subsidios a las producciones

que compiten con las nuestras. Está la preocupación por la situación social, y a la vez las restricciones a nuestras exportaciones a los Estados Unidos.

### ***¿Sabemos jugar?***

A pesar de todo esto, la teoría conspirativa no lleva a ningún lado. Esto no es algo que nos haya pasado a los argentinos por una confabulación internacional eterna y personalizada. ¿Por qué suponer que los Estados Unidos no imponen las reglas a Canadá, Alemania o España? ¿Será Australia una nación independiente? ¿Cuál es el costo para el Reino Unido de amoldarse a las reglas impuestas?

Para jugar, hay que estar dispuestos a jugar. El juego es el que es y no es otro. Podemos estar de acuerdo o en desacuerdo con la capacidad de imponer reglas, pero pasa a ser una cuestión moral. El imperio argentino nunca existió, mientras el imperio americano está en su esplendor. Saber reconocer el lugar que a uno le toca, es básico para jugar el juego.

No es arrastrándonos para pedir que el juego sea otro como lo lograremos. Tampoco levantando la nariz y señalándolos, como conseguiremos su más mínimo favor. Hay que ser mucho más inteligentes que eso para compensar la ventaja de imponer o cambiar las reglas.

No estamos condenados a ser exitosos, ni nos han condenado a fracasar. Pero sí estamos condenados a jugar.

**"El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros los que las jugamos."  
*Arthur Schopenhauer (1788-1860)***

Buenos Aires, mayo de 2002